

Javier Negrete

Amada de los dioses



La sonrisa vertical

Un tribunal ateniense se dispone a juzgar a Nerea, la extranjera, la cortesana, la bella desdeñosa. Mientras la voz del acusador retumba pidiendo su muerte, Nerea rememora... ¿Qué delitos ha cometido en realidad? Sus recuerdos se remontan a la lejana isla en que nació y creció, y donde atisbó por primera vez los misterios del sexo al ver al dios Pan fornicando con una mortal; desde ese momento, se sintió tocada por una extraña gracia.

Poco después fue apresada por piratas y llevada a Corinto, donde, convertida en esclava, la sabia Mirrina le enseñó el arte de dar placer y la convirtió en una joven refinada. Pronto su fama se extendió por toda Grecia: sin duda era la amada de los dioses. Ya en Atenas, se codeó con Critias, Hipócrates, Aristófanes, y, sin embargo, quien le robó el corazón no fue otro que el hermoso Alcibíades, el traidor... Cuando la clepsidra que marca el tiempo anuncia que ha de hablar la defensa, Nerea apenas escucha: si, era cierto, había conocido el amor de Zeus, de Afrodita y de otros dioses... pero nadie supo nunca hasta qué punto era cruel ese amor inmortal.

A David,
que pasó buenos ratos con ella

Krinomene

El sol acaba de asomar sobre los picos rosados del Himeto y sus rayos empiezan a caldear los tejados. Hoy será un día seco y caluroso, como lo fue ayer y como sin duda lo será mañana. Salvo unos tímidos jirones blancos al norte, no hay nada que perturbe la calma de aquel cielo, el más azul del mundo. La vida se despereza poco a poco en las angostas calles de la ciudad. Sin prisas, sus habitantes van abandonando las incómodas casas que desmerecen la fama gloriosa de aquella urbe que se jacta de ser la dueña del mar. Se saludan, escupen en las vías polvorientas, se rascan el trasero y se encaminan a atender sus negocios, a tornear ánforas en los talleres, a forjar espadas y escudos para los hoplitas que custodian las murallas. O pasean sin más hasta la plaza, entran en las cien barberías de la ciudad, donde se discute de guerra y política, o suben a los templos a chalanear algún favor con los dioses.

Muchos de ellos han madrugado más y ya están en los tribunales, donde la máquina del sorteo ya ha decretado quiénes actuarán hoy como jurados en tal caso y cuáles en tal otro. Son centenares, miles de jueces, los que van entrando en los dicasterios, zumbando como coros de avispas. Sin embargo, la ciudad no está tan poblada como antaño, pues ha sufrido mil desgracias y ahora muchos de sus hombres se encuentran lejos, defendiendo la suerte de la patria en las aguas de otro mar. Hoy es el día en que su flota ha de sufrir el revés definitivo y en que la cruel tijera de la diosa (una de las tres Moiras) cortará el hilo con el que se medían los días de gloria de aquella sociedad que ha querido lograr metas más allá del alcance de los mortales. Pero

en la ciudad aún tardarán en enterarse de su propio infortunio, pues el río de la Cabra se encuentra lejos y la noticia llegará cabalgando a lomos de las olas. De modo que hoy, ajenos al terrible golpe que los aguarda, los ciudadanos están más pendientes de otro asunto. En el tercer tribunal, los quinientos jueces, y uno más, para que no haya empates en el veredicto, se han sentado ya sobre sus cojines, en los largos e incómodos bancos de madera, dispuestos a juzgar a Nerea. Nerea la extranjera, Nerea la cortesana, Nerea la bella desdeñosa. Nerea, la amante del traidor. Nerea, que se ha atrevido a posar de modelo para que un escultor impío represente a una diosa desnuda.

Los curiosos se agolpan a la entrada, pero los bárbaros guardias escitas los contienen con sus arcos y sus miradas torvas. En la puerta contraria acaba de aparecer la acusada. Cuando la ven entrar, un rumor se extiende como una densa marea entre los jueces y la multitud. Ahí está, es ella. Qué hermosa. Qué desvergonzada. Las sensaciones son difíciles de separar. Hay un germen de odio y rencor, porque no nació en la ciudad y es enemiga por nacimiento. Hay ignorancia y desconfianza, porque es mujer y porta un secreto que ellos, como varones, anhelan y aborrecen a la vez. Hay admiración y deseo, porque se trata de la cortesana más bella de la ciudad. Curiosidad, por saber qué alegará su defensor al hablar por ella, que como hembra y extranjera no puede defenderse a sí misma. Temor, porque los dioses vigilan desde las alturas para saber cómo ha de ser castigada la mujer que ha osado prestar su cuerpo desnudo para representar a una divinidad.

Quinientos hombres más uno esperan a escuchar las razones del acusador, el sicofanta, el delator profesional tras el que todos adivinan la venganza de un hombre muy poderoso; pero también las del defensor, un hombre hábil en las palabras que auxilia a la extranjera para pagar una deuda de carne. Pero, sobre todo, esperan verla a ella, a Ne-

rea, la mujer inalcanzable. Hoy, por un día, la tendrán en su poder. Y sin duda lo ejercerán.

El rumor sigue corriendo mientras la mujer, vestida con una discreta túnica blanca y un fino manto azul, pasa ante la primera fila de jueces con paso flexible y decidido. Después se sienta junto a su abogado y amante (tan sólo uno más de sus muchos amantes) y recorre con la mirada el tribunal.

Mientras desfilaba ante ellos ha oído sus susurros y ha percibido sus olores (lana sucia, pies y axilas sudorosos, dientes cariados). Ahora ve sus rostros y entre ellos cree reconocer tal vez a cuatro o cinco. Quizás estuvieron en su casa alguna vez, e incluso compartieron su lecho. Los demás son demasiado pobres para haberse cruzado en su vida. Pero son ciudadanos orgullosos de su poder, aunque éste les dure escasamente un día. Y son hombres a los que no les puede explicar por qué ella, Nerea, ha optado por prestar su cuerpo a la gran diosa que los manipula a todos a su antojo. No le permitirían hablar, y aunque lo hiciera no la escucharían, y aunque la escucharan jamás la entenderían. Ahora es una intrusa en un mundo de hombres. Todo lo que hay allí es olor de hombres, sonido de hombres, color de hombres, frío y terco pensamiento de hombres.

El presidente del tribunal ha dado la palabra a la acusación. La clepsidra que marca el tiempo de su turno empieza a correr. Nerea observa la caída del agua y sufre la ilusión de que cae cada vez más despacio, como si estuviera solidificándose, como si el propio tiempo se convirtiera en resina y ella quedara atrapada en él como un insecto. La voz del sicofanta se ha convertido en un ulular grave, lento, incomprensible. Nerea sólo ha entendido una palabra, «muerte», y sabe que se refiere a ella y al castigo que debe recibir por su sacrilegio.

Ella sabe cuál ha sido su verdadero pecado. Ha estado demasiado cerca de los dioses y, sin quererlo, ha comprendido demasiados de sus misterios. Ahora debe pagar el

precio. Su vida no ha sido muy larga, pero ya llega a su fin. Por eso, mientras la voz del acusador retumba cada vez más lenta en el tribunal, Nerea recuerda...

Kore

En aquel tiempo el cielo deslumbraba. Las pestañas de Nerea eran claras, sus ojos, azules y, cuando no se resguardaba a la sombra de un árbol, la luz reverberaba blanca y punzante en cada canto, en cada nubecilla, en cada cresta de espuma. Ella guiñaba los ojos, y al cerrarlos se le marcaban unas arruguitas en las comisuras de los párpados. Su madre la regañaba: «Si sigues así, te quedarás fea para siempre». Y Nerea, que ya desde que empezó a andar era muy coqueta, se esforzaba por abrir los ojos. Pero la luz se empeñaba en entrar en ellos a raudales y la hacía estornudar y lagrimear, de modo que tenía que agachar la cabeza o cubrirse con la mano a guisa de parasol.

Había también otro azul más profundo que el del cielo que no deslumbraba. El mar visto desde los acantilados. Sobre ellos se abría una pequeña explanada cubierta de aliaga y lentisco, zarzales, y también algarrobos y olivos cuyos troncos se retorcían como los dedos de un viejo reumático. Allí subía Nerea con sus cabras, porque le gustaba apacentarlas a solas, sin mezclarse con los demás niños, que llenaban el aire de gritos y pedradas. A veces, mientras los animales mordisqueaban con aire pensativo todo lo que se ponía al alcance de sus inquietos belfos, Nerea bajaba por un estrecho sendero sembrado de cascajo y gravilla y se escapaba a una playa en forma de diminuto creciente. Allí la arena era casi blanca, y entre sus granos gruesos se entreveraban piedrecillas de colores. A Nerea le encantaba pasear descalza, hundir los pies en la arena y jugar con ella entre sus dedos, hasta que aquella sensación placentera casi se convertía en dolor. La playa era poco profunda y esta-

ba protegida por un espolón de piedra. Las aguas quietas y limpias dejaban ver el fondo blanquecino; la combinación de agua, luz y arena creaba un azul transparente, casi del mismo color que los iris de Nerea. Pero ella lo ignoraba, pues nunca había visto un espejo. No siendo ni la mitad de hermosa de lo que llegaría a ser, había ya tal belleza en ella que hasta los cabreros más patanes de la isla enmudecían al mirarla, con ese temor reverencial que despiertan los dioses y los númenes. Pero la niña Nerea nada sabía del poder que se ocultaba en su cuerpo de junco.

Vivían junto al mar, en una casa de paredes de adobe y techo de chamiza. Su aldea era una de las pocas que salpicaban aquella isla, tan pequeña y pobre que rara vez desembarcaban en ella los mercaderes del continente. Los lugareños vivían de la pesca, pero también apacentaban rebaños de ovejas y cabras y recolectaban lo poco que aquel suelo escarpado y reseco se dignaba entregarles. Las mujeres se ocupaban de los cultivos, de moler el grano, de cardar y tejer la lana y del gobierno de las casas. Los hombres salían a pescar cuando el dios del tridente tenía a bien que el mar estuviera sereno; si no, reparaban sus redes; y si ya las habían reparado o se aburrían, se juntaban para beber vino y jugar a los dados en la pequeña taberna de Eufemón. Los niños y las niñas cuidaban del ganado; los más pequeños, si ya tenían hermanos que trabajaran por ellos, correteaban ociosos y medio desnudos de acá para allá. Pero cuando con el otoño llegaba el momento de vendimiar el dulce fruto del dios del tirso, todos colaboraban. El vino de aquel lugar no tenía comparación con los célebres caldos de Lesbos o Falero, pero para aquellos isleños apartados del resto del mundo era un don que agradecían a los dioses con fervor.

El acantilado que se asomaba a poniente y la explanada que lo coronaba eran sólo de Nerea, porque a los demás niños les gustaba quedarse más cerca de la aldea y de las anchas playas que se extendían hacia el norte. Nerea trepa-

ba a su farallón privado con la agilidad de una cabritilla más, y un poco de pan y de queso y un pellejo de agua le bastaban para todo el día. A veces se quedaba apacentando las cabras hasta la puesta de sol, aunque su madre la regañaba si volvía cuando ya había oscurecido. A Nerea le gustaban los crepúsculos, pero aún más si había nubes en el horizonte o acababa de llover, algo poco frecuente en la isla. Entonces, al abrirse un claro entre las nubes, la luz del sol se derramaba en haces frescos y dorados, recién lavados en aquel aire diáfano. Se le antojaba que esos crepúsculos eran sólo para ella y que en el cielo habitaba un pintor que se divertía enseñándole sus efímeras obras. Pero la mayoría de las tardes, el sol no encontraba obstáculo alguno en su camino y se hundía, solitario, en el mar. Entonces su ojo púrpura se dejaba mirar de frente, y Nerea no tenía que hacer guiños ni estornudaba; y se despertaban en su delgado cuerpecillo anhelos que era demasiado pequeña e ignorante para saber expresar.

A los diez años, Nerea ya había oído hablar de «esa cosa», pero aún no comprendía muy bien qué quería decir tal expresión. Cuando se juntaba a jugar o a parlotear con las demás niñas, ellas se reían con unas carcajadas escandalosas, ponían los ojos en blanco y a veces se desnudaban, poniéndose las túnicas sobre las cabezas, se mostraban unas a otras sus tetillas en ciernes y se las pellizcaban. Aunque a veces se hacían daño con aquellas bromas, nunca dejaban de reír. A dos de ellas, Pito y Lampra, ya les había crecido vello entre las piernas, y lo enseñaban como un guerrero laconio podría haber exhibido sus heridas de guerra. Lampra, que pese a su nombre era más bien oscura de piel, lucía unos pelos tan tupidos a sus doce años que ya ni siquiera dejaban ver la línea que separaba sus labios.

A Nerea le daba vergüenza descubrir su cuerpo, pues era la más pequeña del grupo. Pero las demás porfiaban y

porfiaban, fuera por envidia o por un deseo instintivo. Una tarde de verano, después de una fiesta, su madre le había dado permiso para recoger antes las cabras y salir a jugar. Estaban, ella y las demás, en una playa de arenas oscuras al norte de la aldea. Antes habían sorprendido a dos chicos que las observaban desde unos arbustos, y como no podían convertirlos en ciervos a la manera de la diosa cazadora, los habían espantado a golpe de peladillas. Después, ya solas o al menos espiadas con más discreción, empezaron a enseñarse sus cosas. También porfiaron para que lo hiciera Nerea, y le propinaron tales tirones del peplo que amenazaban con desgarrarlo. Nerea sabía que si su madre lo tenía que remendar, también le remendaría a ella el trasero, así que al final se dejó desnudar. Se rieron de ella, porque tenía el sexo mondo y liso como el culito de un bebé. Pero los pezones ya apuntaban, tímidos, y Lampra se los pellizcó en broma. Nerea sintió un extraño cosquilleo y pensó que aquello estaba mal, así que apartó a Lampra de un empujón, cogió su peplo y salió corriendo mientras se vestía.

Días después, mientras apacentaba sus cabras, se acordó de aquel pellizco. El carro del sol se había parado en lo alto y el aire vibraba con el zumbido de la chicharra. Nerea se palpó por encima de la ropa y, como sin quererlo, se apretó la tetilla entre el pulgar y el índice. Lo único que consiguió fue hacerse daño, y se le escapó un grito de sorpresa y luego una carcajada.

Oyó un ruido a su espalda, entre el ramaje. Nerea se dio la vuelta. Algo se había agitado entre los tallos del lentisco. Nerea contó las cabras: estaban todas a la vista; debía de tratarse de algún otro animal. En la isla no habitaban fieras mayores que un zorro, pero a pesar de ello rodeó el arbusto blandiendo el cayado por si tenía que defenderse. Entonces las ramas se sacudieron y de entre ellas salió corriendo una cabra. No era de las suyas. Las conocía bien a

todas, y les había puesto nombre y a veces hasta apodo; pero ésta era mucho más grande y de pelaje más pardo. La bestezuela se escondió entre el ramaje y después asomó la cabeza para observarla. Bajo unos cuernecillos ridículos en un animal tan grande, se veían unos ojos demasiado juntos que miraban de frente, con una intención casi humana.

Una extraña curiosidad impulsó a Nerea a acercarse más. Entonces la cabra volvió a huir, entre crujir de ramas y sisear de hojas, y se alejó hacia la parte más elevada de la pequeña explanada. Nerea la siguió decidida.

El animal se había internado entre la maleza. La niña tuvo que agacharse, pero al final la encontró. La cabra, un macho por lo que pudo observar, se había alzado sobre las patas traseras y embestía una y otra vez contra algo que estaba tapado por un algarrobo, que Nerea imaginó serían las ancas de una cabra hembra. Ya sabía que aquellos empellones acababan convirtiéndose en cabritos, aunque nunca se le había ocurrido relacionar aquella actividad rápida y febril de los animales con el nacimiento de los niños humanos. Una vez le había preguntado a su madre de dónde venían los bebés, y ella le había propinado un capirotazo y la había mandado a por agua a la fuente.

Se acercó, buscando un agujero para ver mejor. Arrastrándose de rodillas, apartó las ramas pinchudas y las ásperas hojas, y lo que vio la dejó boquiabierta. La cabra hembra no era tal, sino una mujer desnuda. Estaba doblada sobre sí misma, con las manos apoyadas en el tronco nudoso del algarrobo, y hacía fuerzas para no caerse. Los cabellos indómitos le caían hasta el suelo; tenía la espalda arqueada, y sobre sus nalgas había unas manos fuertes y peludas que la apretaban y empujaban, delante y detrás, delante y detrás. Las piernas, estiradas, hacían esfuerzos para no caerse ante los embates. Eran flexibles y largas, pero en ellas se marcaban las líneas de los músculos cada vez que se contraían para resistir un nuevo empellón.

El macho que la empujaba era en realidad la más extraña criatura que Nerea hubiera visto en su vida. Tenía por pies unas pezuñas hendidas, pero sus patas peludas se convertían a partir de las rodillas en piernas humanas. De cintura para arriba, el cuerpo era casi normal, salvo por la cola corta y pardusca que lucía en el trasero y que se meneaba como si tuviera vida propia. El tórax era velludo y musculoso, como los brazos que sujetaban a la mujer y los gruesos dedos que le estaban dejando marcas rojas en las caderas. Una barba hendida, con pelos tan hispídos que parecían cerdas de cepillo, adornaba el huesudo rostro, y unos cuernecillos grises coronaban la cabeza.

Nerea estaba a poco más de cuatro pasos. El hombre-cabra la miró un momento, sonrió y se relamió los labios con una lengua roja como una baya. Tenía unos ojos inhumanos, de pupilas rasgadas e iris amarillos. Nerea se estremeció y pensó en huir, pero se había quedado paralizada. Tal vez era la mirada hipnótica de aquel ser, acaso la curiosidad. Intuía que no debería estar viendo aquello, que era algo sucio que manchaba a la vez a quien lo hacía y a quien lo presenciaba, pero una morbosa fascinación se había adueñado de ella. Al tiempo, debajo de su ombligo, casi entre sus piernas, se había aposentado una sensación hasta entonces desconocida, como si una mano invisible, viscosa y caliente la cosquilleara por dentro.

El hombre-cabra no cejaba en sus arremetidas. La mujer seguía resistiendo a sus embates, pero debía de estar sufriendo mucho, porque se quejaba, cerraba los ojos y se mordía los labios. Aunque, pensó Nerea, si le doliera sin duda gritaría más fuerte y no con esos gemiditos que parecían un poco ridículos. El hombre-cabra apretó más las caderas de la mujer y la obligó a girarse hasta que sus traseros quedaron apuntando de soslayo a Nerea. Sin duda, la criatura se había movido por malicia, con la intención de que la niña pudiera verles mejor, pues fue entonces cuando

se apartó un poco y sacó algo de entre las piernas de la mujer.

Nerea se llevó la mano a la boca para sofocar una exclamación. Ya había visto a muchos chicos desnudos, y también a su padre, y a otros pescadores a los que se les arregaban las túnicas al bajarse de los botes o trepar a ellos. Sabía bien que donde ella tenía esa rajita lampiña, a ellos les colgaba una especie de gusano sonrosado que se llamaba *tylos*, y *peos*, y *posthe*, y *kaulós*, y de unas cuantas maneras más que a sus amigas les encantaba pronunciar entre estúpidas risitas. Pero la *posthe* del hombre-cabra no colgaba, sino que apuntaba hacia arriba como una rama enhiesta. Además, Nerea nunca había visto una tan grande: era larga y gorda como una porra de madera y su piel oscura estaba surcada de venas cárdenas. En la punta no tenía piel, sino que a través de ella asomaba una cúpula de carne tan rosada y húmeda como una granada. El hombre-cabra se frotó el miembro un par de veces, y al hacerlo gruñó y arqueó las caderas, y su rabillo se movió aún más frenético. Después jugueteó con la punta entre las piernas de la mujer y la hizo gemir de nuevo. Ya era obvio que aquellos quejidos y suspiros no eran de dolor, sino fruto de un placer que debía de ser muy intenso. Nerea se fijó bien en lo que había entre las piernas de la mujer. Era una raja como la suya, pero rodeada de un vello espeso y oscuro; estaba abierta, y en el centro de la grieta asomaba una carne viva tan enrojecida como el miembro del hombre-cabra. Él empujó de nuevo y clavó su cosa en aquella velluda boca vertical. La metió bien dentro, hasta que las bolsas peludas que escoltaban su *posthe* chocaron contra las ancas de la mujer. Nerea ahogó otro grito. ¿Cómo algo tan grande podía caber en..., en...? Un vértigo helado se afincó en su vientre, pero a la vez se hizo más cálido aquel cosquilleo que le hormigueaba entre las piernas. Nerea apretó los muslos, como si quisiera evitar que algo penetrara entre

ellos, pero al hacerlo se los frotó sin querer y una urgencia placentera le trepó hasta el ombligo.

El hombre-cabra seguía en su afán. Debía de ser aburrido clavar su *posthe* hasta el fondo, sacarla hasta la mitad, volver a clavarla, sacarla, una y otra vez, sin dejar de apretarle las nalgas a la mujer. Pero ni él ni la mujer parecían hartarse. Ni siquiera Nerea sentía deseos de marchar, sino que seguía allí quieta, fascinada y ansiosa por presenciar el final de aquel fantástico espectáculo.

Los movimientos del hombre-cabra eran cada vez más violentos. La mujer incorporó un poco el torso y se giró para mirar a su agresor. Él le soltó las nalgas y le estrujó los pechos. Los gemidos de ella se volvieron más agudos y apremiantes. Nerea recordó la sensación del pellizco en el pecho, y lo repitió, pero con más dulzura, y esta vez no le dolió, sino que sintió cómo la tetilla se le erizaba. El hombre-cabra la miró con una sonrisa y volvió a relamerse.

—El gran dios Pan aún está vivo —dijo con una voz áspera como la breña.

Nerea había oído hablar muchas veces del dios de los cabreros, y ella misma le había dejado ofrendas de queso y miel por encargo de su madre. Pero jamás hubiese esperado verlo, pues bien sabía que los dioses no suelen aparecerse a los mortales, y menos a niñas tan vulgares como ella. Mas allí estaba Pan, incrustando su *posthe* gruesa y nudosa como una tranca en el velludo sexo de aquella mujer salvaje que no podía ser sino una dríade, una huidiza ninfa de la espesura.

El gran dios Pan agarró los cabellos de la mujer como si fueran las riendas de un caballo y tiró con fuerza de ellos. Después estiró el cuello para besarla. No fue un beso cariñoso, como el que a veces Nerea veía darse a sus padres, sino una especie de combate de lenguas que se retorcían como culebras que quisieran anudarse. La niña pensó que era repugnante, pero el calor en su vientre se empeñaba en contradecirla. El dios-cabra amasaba las tetas de la mujer